

CUARTO DOMINGO DE SETIEMBRE DE 1933

HOJA DOMINICAL

APROBADA Y BENDECIDA POR LOS SEÑORES OBISPOS DE COSTA RICA

NUM.
901

10 ejemplares semanales © 13 al año
50 ejemplares semanales © 1,25 cada semana

AÑO
XIX

SANTORAL

Dom.	24	16.º después de Pentecostés. Ntra. Señora de las Mercedes, santos Gerardo y Rústico, obs.	Miérc.	27	Santos Cosme y Damián mrs., Marcos, Cayo, Aderico, obs.
Lun.	25	Santas Aurelia, Maximo, Rufo y Eugenio mrs.	Juev.	28	Santos Wenceslao, Privato, Marcos y Alejandro, mrs.
Mari.	26	Santos Cipriano, Justina y comp. mrs. Cuarto Creciente a las 10,16 a. m.	Viern.	29	San Miguel Arcangel, y Fra- terno, Eutiquio, Plauto y He- raclea mrs.
			Sáb.	30	Santos Jerónimo dr., y los mrs. Victor y Antonino.

Décimo sexto Domingo después de Pentecostés

Evangelio según San Lucas.—(Cap. XIV).

En aquel tiempo: Habiendo entrado Jesús en casa de uno de los principales fariseos a comer, en un día sábado, le estaban estos acechando. Y he aquí que se puso delante de El un hombre hidrópico. Y Jesús, vuelto a los doctores de la Ley y a los fariseos, les preguntó: ¿Es lícito curar en día de sábado? Más ellos callaron. Y Jesús, habiendo tocado al hidrópico, *con sólo tocarle*, le curó, y lo despachó. Dirigiéndose después a ellos les dijo: ¿Quién de vosotros si su asno o su buey cae en un pozo o pantano, no le sacará luego, aunque sea en día sábado? Y no sabían qué responder a esto. Notando entonces que los convidados iban escogiendo los primeros puestos en la mesa, les propuso esta parábola, y dijo: Cuando fueres convidado a bodas, no te pongas en el primer puesto, no sea que haya otro convidado de más distinción que tú; y sobreviniendo el que a tí y a él os convidó, te diga: Haz lugar a este; y entonces con sonrojo te veas precisado a ponerte el último. Antes bien, cuando fueres convidado, vete a poner en el último lugar, para que cuando venga el que te convidó te diga: Amigo, sube más arriba. Lo que te acarreará honor a vista de los demás convidados. Así es que cualquiera que se ensalza, será humillado; y quien se humilla, será ensalzado.

EXPLICACION APOLOGÉTICA

Preciosa recomendación que todos debemos recoger como hecha a cada uno de nosotros, tan inclinados a creernos superiores a los demás y ansiosos de ocupar puestos a los que Dios no nos llama. Cuando el alma se empequeñece, olvidada de los principios de sana moral, se

vuelve puntillosa y hace de la honra exterior la religión del honor aunque interiormente no lo tenga.

Así degenera el orgullo de los que no cuentan con Dios, en pueril fatuidad; les es preciso ser o parecer los primeros en todas partes y en todas las cosas; de ahí las riñas, las rencillas suscitadas por la envidia y la ambición cubierta del oropel cómico de los uniformes, subida en estrados escénicos, regulada por el protocolo de las precedencias, y sostenida por privilegios que hagan sobresalir al vanidoso del común de las gentes. Y lo peor es que los mundanos, desconocedores del espíritu del Evangelio y aferrados a teorías humanas de su código del honor, no pueden ni quieren entender el orden jerárquico establecido en la Iglesia, que es el reino de Jesucristo sobre la tierra; oídles hablar o leer lo que escriben sobre este punto y oiréis peregrinas lucubraciones sobre la igualdad de todos los hombres ante Dios, antes que admitir que ellos sean en el orden espiritual menos que el Papa,

SILUETAS SEMANALES

CONOCIMIENTO DE LA RELIGIÓN

V

La Sagrada Escritura nos da esta sentencia: «Dijo el necio en su corazón; no existe Dios».

Estas palabras las pronuncia el impío, el ateo, en su corazón, no en su inteligencia, puesto que ésta cuando juzga o raciocina normalmente le afirma con sus principios naturales y consecuencias lógicas que Dios necesariamente ha de existir. Pero como que no le conviene admitir esta deducción se forja allá en su corazón, por pura conveniencia que Dios no debe existir porque nunca sus ojos corporales lo ven pasar ni sus manos lo palpan. Cierren los ojos a la verdad de que siendo Dios puro espíritu no puede ser percibido por los sentidos externos.

Viene aquí a maravilla aquellas notables palabras del gran filósofo Balmes, quien en sus «Cartas a un escéptico» hace así discurrir a su interlocutor:

«Nunca me he devanado mucho los sesos en buscar pruebas de la existencia de Dios: la historia, la física, la metafísica servirán para esa demostra-

los Obispos y los Sacerdotes, a quienes juzgan y cuyas enseñanzas discuten, entrometiéndose a dogmatizar en lo que jamás estudiaron, poniendo cátedra de teología y de historia para darse el gusto de aparecer vindicadores de la verdad y aún de la religión. Muchos de los que se llaman católicos y dicen creer en Jesucristo, no pueden acomodarse al orden jerárquico de la Iglesia; no aceptan el hecho divino de la constitución de la Iglesia como sociedad organizada; están dentro de ella, pero rehuyen obedecer las leyes eclesiásticas, guardar el orden establecido: entran en el convite por la puerta del bautismo, pero disputan las primacías, invaden los asientos.

He aquí la razón secreta de tantos sacrílegos ridículos oficiando de directores de conciencias y pretendiendo corregir a los superiores eclesiásticos, llamados por Dios a regir y gobernar la Iglesia, a la que nadie llega sin ser llamado, ni está adentro santamente sino en el lugar que le corresponde por vocación divina.

ción todo lo que se quiera; pero yo confieso ingenuamente que para mi convicción no he menester tanto aparato científico.

Saco el reloj de mi faltriquera y al contemplar su curioso mecanismo y su ordenado movimiento nadie sería capaz de persuadirme que todo aquello se ha hecho por casualidad, sin la inteligencia y el trabajo de un artífice: el Universo vale, a no dudarlo, algo más que mi reloj; alguien pues debe de haber que lo haya fabricado.

Los ateos me hablan de casualidad, de combinaciones de átomos, de naturaleza y de qué se yo cuántas cosas; pero sea dicho con perdón de estos señores, todas estas palabras carecen de sentido». (1)

Lean pues y mediten seriamente estas palabras cuantos desearían convenirse, sin lograrlo jamás, de la no existencia de Dios y pidan humildemente al cielo la fe que los ilumine en sus tinieblas.

Fr. C. de G.

(1) Cartas a un escéptico en materia de religión. Carta III.

CIRCULAR

DEL EXCELENTISIMO Y REVERENDISIMO MONSEÑOR

DOCTOR DON RAFAEL OTON CASTRO Y JIMENEZ

ARZOBISPO DE SAN JOSE DE COSTA RICA

CON MOTIVO DE SU VISITA AD LIMINA APOSTOLORUM

*Al Ilustrísimo Señor Deán, al Venerable Cabildo Metropolitano,
al Clero y a los fieles de la Arquidiócesis.*

Venerables Hermanos y amadísimos Hijos:

Con sentimiento hemos de alejarnos de vuestro lado para cumplir la prescripción canónica de dar cuenta a la Santa Sede Apostólica de todo cuanto atañe al gobierno espiritual de nuestra amada Arquidiócesis, a su progreso, a los peligros que amenazan la grey confiada a nuestro cuidado pastoral y recibir de labios del Sumo Pontífice, palabras de aliento, de vida y sabiduría en nuestro ministerio que es ante todo para vuestro bien espiritual. Anticipamos un poco nuestra VISITA AD LIMINA, porque así lo desea el Supremo Jerarca, el Papa Pío XI, a fin de que podamos asistir personalmente a grandes acontecimientos de la vida religiosa en relación con estas naciones de América y que han de verificarse en fecha próxima. Tenemos además otros motivos especiales a causa del Año Santo y las Bodas de Diamante del inolvidable Colegio Pontificio Pío-Latino-Americano.

Con gran sabiduría ha establecido la Iglesia que los obispos de todas las regiones del mundo se acerquen periódicamente a la Cátedra Infalible de Pedro, para dar cuenta detallada del gobierno espiritual de las almas que les han sido encomendadas. Este deber que significa y es también un contacto inmediato con el Vicario de Cristo en la tierra, tiende a mantener la unión de vida entre el Pastor Supremo y los pastores secundarios, a fortalecer el espíritu en las luchas de la fe y saber triunfar mejor contra los enemigos

que nos asedian constantemente. «Pascite qui in vobis est gregem Dei...» decía el apóstol San Pedro (I Ep., Cap. V, 2): «Apacentad la grey de Dios puesta a vuestro cargo». Tal es nuestra misión que comparten nuestros amados sacerdotes, colaboradores nuestros en el cultivo de esta porción de la Viña del Señor; y no podríamos cumplirla según los deseos de Cristo Redentor sin ese contacto y ese influjo maravilloso que sale de la Cátedra de Pedro y sus dignísimos sucesores. Roma es el centro maravilloso de atracción de todos los hombres; unos la miran con amor y otros con odio, pero ninguno con indiferencia; porque en ella vive un hombre singular, el Papa, único siempre en la historia humana, pues preside los destinos espirituales del mundo y como roca incommovible ante los embates de las más embravecidas olas, las ve siempre deshacerse a sus pies y en serie interminable contempla los despojos del tiempo y los restos de imperios y de las instituciones humanas, sobreponiéndose a todo, porque sus fundamentos no están en la tierra, sino en el cielo. Este Padre y Supremo Pastor, tiene de Cristo la fuerza suficiente para llevar sobre sus hombros tan inmensa responsabilidad; y es necesario, Venerables Hermanos y amadísimos hijos, vivir de la vida y a la sombra de ese árbol plantado por las divinas manos de Jesús en el jardín de la Iglesia. Otro motivo particular, como ya decíamos antes, de acercarnos en vuestro nombre a la ciudad del Papa y a su Sede Infalible, es el Año Santo del Centenario de

la Redención del mundo. Pastores y fieles de todas las naciones, lenguas y razas de la tierra, acuden en este tiempo a las fuentes de la gracia, que en la Eterna Ciudad ha abierto el Soberano Pontífice para que todos apaguen allí su sed y sus ansias de bienestar espiritual.

Grandes y graves son las razones que nos impulsan a dejaros por algún tiempo; pero a decir verdad, si consultáramos sólo los sentimientos del corazón quizás no nos moveríamos de nuestra Sede. Con todo, en esta lucha entre el sentimiento y el deber nos consuela pensar que el gobierno espiritual de nuestra amada grey queda en manos prudentes y experimentadas como son las de de nuestro Vicario General, el Ilmo. y Rev. Mons. Alejandro Porras, a quien constituimos nuestro representante y Gobernador Eclesiástico durante nuestra ausencia. Cúmplenos por tanto, exhortaros a todos, Venerables Hermanos y amadísimos hijos, a permanecer fieles en la obediencia a vuestros legítimos superiores, como lo hacía el gran Apóstol: «Oboedite praepositis vestris», esto es, «obedeced a vuestros superiores»; a preservaros del contagio nefando de la moderna sensualidad y de los perversísimos errores sociales modernos que atentan contra la moral cristiana. «Guardaos de los falsos profetas que vienen con piel de ovejas», advierte a todos el Divino Maestro. Y así unidos en la fe y en las buenas cos-

tumbres cristianas, después de presentaros con todo el afecto de nuestra alma ante el Padre común de todos los fieles verdaderos, esperamos encontraros en la abundancia de los bienes del Señor, trayendo para todos los mejores recuerdos y bendiciones.

No olvideis tampoco, que muy pronto llegará el mes por excelencia del Santísimo Rosario, mes de gracias y bendiciones de la Madre Celestial para todos los que la saben honrar, meditando los misterios de la Santísima Vida, Pasión y Muerte de su Divino Hijo. No perdáis los preciosos frutos que se recogen en ese jardín frondoso de la Madre de Dios.

Y al despedirnos, Venerables Hermanos y amadísimos hijos, no sólo os aseguramos que hemos de estar siempre unidos a todos vosotros íntimamente en espíritu, sino que diariamente os bendiciremos, como lo hacemos ahora, con todo el afecto del alma, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Dada en nuestra residencia Arzobispal, a 10 de Setiembre de mil novecientos treinta y tres.

† RAFAEL OTON,

Arzobispo de San José de Costa Rica.

Por mandato de su Excelencia Reverendísima,

ALFREDO HIDALGO

Secretario.

La felicidad se desvanece siempre

Es ya un lugar común el afirmar que la dicha no existe aquí abajo. No son necesarias para comprobar esto, largas observaciones ni numerosas lecturas, y cada uno de nosotros puede exclamar como Fausto ante su biblioteca: «¿Encontraré yo aquí lo que me falta? ¿Recorreré estos millares de volúmenes para enterarme de que siempre los hombres se han atormentado sobre su suerte?»

Y, en efecto, la felicidad natural, es decir, la plena satisfacción de los deseos del corazón, es imposible en este mundo; hay siempre desproporción entre la realidad y lo soñado.

El sufrimiento es la ley de la humanidad. Cuando no son suficientes a producirle las privaciones, enfermedades, separaciones, duelos y desengaños, brota de la felicidad misma. No hay gentes más desdichadas que las gentes tranquilas; ellas, mejor que nadie, conocen «ese inexorable fastidio que constituye el fondo de la vida humana», y sin embargo, los que juzgan por las apariencias, los que les miran por fuera les creen felices; su felicidad, como ha dicho un humorista, no es con frecuencia más que una desdicha gorda y bien vestida.



De las disposiciones necesarias de parte del cuerpo y obligación de recibir este sacramento

Y de parte del cuerpo, ¿qué disposición se requiere? Llegar (no siendo la Comunión por viático), en ayunas, sin haber comido ni bebido cosa alguna desde las doce de la noche antecedente.

EXPLICACION

¿Qué disposiciones han de llevarse de parte del cuerpo? Es necesario el ayuno natural; y convenientes, el aseo y la limpieza, así como un continente modesto y recogido.

¿En que consiste el ayuno natural? En abstenerse de tomar cosa alguna, sea comida, bebida o medicina, desde las doce de la noche antecedente.

Y si uno inadvertidamente, por distracción y sin culpa, toma una pequeña cantidad ¿podrá comulgar? No, porque ha quebrantado el ayuno natural, y así habrá de dejar la Comunión para el día siguiente, que podrá recibir sin necesidad de confesarse de nuevo; a no ser que hubiera cometido pecado grave, en cuyo caso tendría necesidad de confesarse.

Y si fuera algo de sangre de las encías o algún resto de la cena anterior que quedó entre los dientes, ¿podrá comulgar? Sí; porque sólo quebranta el ayuno lo que se recibe del exterior, en forma de comida, bebida o medicina, y pasa al estómago.

En algún caso ¿puede recibirse la Comunión sin estar en ayunas? Sí, cuando haya de recibirse por viático.

¿Y es necesario para recibirla por viático aguardar al último extremo

cuando se presenta la muerte? No; basta que haya peligro probable de muerte; y cuando éste se presente conviene recibirla cuanto antes.

¿Por qué así? Por dos razones: 1.^a, porque así puede disponerse mejor a recibirla; 2.^a, para que no se crea que el viático es señal infalible de muerte; y pueda avisarse a los enfermos que se preparen a recibirle, sin el vano temor de que se asusten.

¿Y los que están enfermos largo tiempo sin peligro de muerte podrán recibir la Comunión? Sí; por benigna concesión de la Iglesia (Canon 858) con el consentimiento del confesor pueden comulgar aun después de haber tomado algunas medicinas o algún alimento bebido, los enfermos que guardan cama ya hace un mes, sin esperanza cierta de pronta curación, *una o dos veces* a la semana, (*Enfermos que guardan cama se comprenden también aquellos enfermos, los cuales, no estando a juicio del médico, en estado de permanecer en ayunas, no pueden sin embargo, permanecer en cama, o pueden levantarse algunas horas del día*). El Santísimo Pontífice el 26 de Marzo de 1907 confirmó esta declaración y mandó que se publicara.

¿A qué edad están los niños obligados a comulgar? A los siete años poco más o menos. En cuanto a su instrucción basta con que sepan (según su capacidad) los misterios necesarios con necesidad de medio para la salvación y se acerque devotamente según su corta edad, a la Sagrada Mesa. En peligro de muerte debe administrárseles el Viático con tal que sepan distinguir el Pan Eucarístico del manjar común y adorarlo con reverencia.

¿Y estando sanos y buenos con qué frecuencia se ha de comulgar? Por precepto grave, al menos una vez en la pascua; de consejo, con la frecuencia posible, todos los me-

ses, todas las semanas, y aun todos los días, como lo practicaron los santos y lo recomienda la Iglesia.

EJEMPLO

Nada más oportuno que el siguiente diálogo, tomado de uno de los opúsculos de propaganda del muy renombrado y popular señor Sardá Salvany; «¡Se va a espantar el enfermo si le hablan de sacramentos!—Bueno; perfectamente, que se condene vuestro enfermo sin espantarse, si os parece mejor.—¡Jesús! ¡librenos Dios!—Pues bien, es necesario que llame al sacerdote y arregle con él las cuentas de su conciencia, si a eso no se quiere exponer.—Pero ¡y si se espanta!—Pero ¡y si se condena!—Decidme ¿no es recia cosa tener que darle este mal trago de que claramente comprenda que va a morir?—Decidme vos también, ¿no es terrible cosa ver cómo se dirige con los ojos vendados hacia un precipicio espantoso en el cual sin remedio se va a despeñar?—Comprendo; mas ¿quién amándole como le amo yo, tiene valor para causarle impresión semejante?—Es verdad; pero, quien amándole como le amáis vos, pueda consentir a sangre fría que tan sin preparación alguna se eche él de bruces en el espantoso abismo de la eternidad?—¿Sabéis vos, por ventura, si está en pecado mortal?—No por cierto; pero ¿sabéis vos acaso si esta en gracia de Dios?—Y, ¿quién os dice que esa palabrilla de sacramentos que le voy a decir al oído no le cause una impresión tal, que le agrave la enfermedad y le apresure la muerte? Por nada de este mundo quisiera yo cargar con tal remordimiento.—Y ¿quién os dice a vos que ese silencio vuestro y esta vana contemplación no las ha de pagar dentro de poco el enfermo con la condenación eterna? ¿Os parece flojo remordimiento el que con esto echáis sobre vuestra conciencia?... Pero decidme: ¿Es verdad que se espantan tanto los enfermos cuando se les habla de confesión? A mí me parece que es más bien aprensión de los sanos; he presenciado muchos de esos casos y casi siempre he notado más impresión en la familia que en el enfermo. He visto enfermos, nada fervorosos en estado de salud, aceptar la proposición, no sólo sin temor, sino con verdadero consuelo. Desengañémonos, que no se siente, ni se discurre en grave enfermedad como en los momentos ordinarios de la vida».

PENSAMIENTOS

- La constancia no consiste en hacer siempre las mismas cosas, sino en hacerlas diferentes, pero enderezadas a un mismo fin.
- La constancia viene de la estabilidad del carácter, como la inconstancia, de la ligereza.
- Las imaginaciones vivas raras veces son constantes.
- Hay personas que, como las veletas, sólo son constantes en su inconstancia.
- La constancia de los sabios no es otra cosa, generalmente, sino el arte de ocultar toda interior agitación.
- Se ha de tomar medida a una nación, para hacerle una constitución, como se toma a una persona para hacerle un traje: sin esto, el uno quedará mal vestido, y la otra mal gobernada.

Frutos de la instrucción sin Dios

En una habitación ricamente adornada, yacía en su cama, no ha muchos años, un niño de trece años, pálido y que respiraba con dificultad. Su padre, alto funcionario público, se jactaba de no creer en nada y aun hacía alarde de haber descargado buenos golpes sobre la Iglesia. Su madre, arrastrada por las vanidades y respetos humanos, no creía mucho, a pesar de la buena educación que se le había dado. El pobre niño no había oído hablar de Dios, y había asistido a ciertas representaciones dramáticas que hacen salir los colores a la cara del más endurecido presidario. Mas entonces estaba enfermo, y el médico había hecho muy mal pronóstico. El padre y la madre lloraban amargamente; y ella, recordando su antigua fe, dijo a su marido con débil voz:

—¿Si llamásemos a un sacerdote?...

Mas el marido, encogiéndose de hombros, le volvió las espaldas. La madre vió entonces toda la enormidad del delito cometido en no haber dado a su hijo instrucción religiosa y haberle enviado a escuelas donde no se habla de Dios ni del alma a los niños, con el sacrilego pretexto de no violentar su conciencia; y tomando por el brazo a su marido, le dice:

—Condénate tú, si quieres; mas yo quiero salvar a mi hijo; no quiero que muera sin un sacerdote.

El padre reflexionando en su interior la fuerza de estas palabras, le respondió sencillamente:

—¡Piensa en nuestros amigos! Vamos a desempeñar un papel ridículo. Tal es la razón que informa hoy el espíritu de muchos infelices.

La madre sale en busca de un sacerdote; el padre al verse solo, se acerca al lecho del enfermito, y después de muchas vacilaciones, movido por un secreto remordimiento, le dice:

—¿No temes algo, hijo mío?... Piensa si tal vez hay algo después de esta vida... ¿Si te encomendases a Dios?...

El niño quedóse un rato silencioso, y luego, con una calma que parecía impropia de su estado y que debió helar de espanto y enrojecer de vergüenza a su padre, le respondió:

—¿Qué quiere decir encomendarse a Dios? ¿De que me habla usted?

El padre ya deseaba en su interior que llegase el sacerdote, proponiéndose excusarse con sus amigos, echando la culpa a su mujer. Entra, por fin, el sacerdote con la madre; y apenas le ve el niño, dando un giro de horror, exclama:

—¡El cuervo, el cuervo!... ¡Que viene a devorarme!

—No, hijo—contestó la madre llorando—, no viene a comerte, sino a salvarte.

El niño no escuchaba la voz de su madre, y escondiendo su rostro dentro de las sábanas, expira, ahogado en un vómito de sangre.

El hecho es rigurosamente histórico.

Errores populares sobre la felicidad

Suponiendo que esta dicha fuese imaginaria, que estuviese basada en una ilusión, ¿por qué arrebatará a la gente? Y, puesto que la vieja fe en el Paraíso es todavía lo que se ha nallado mejor para arrullar sus sufrimientos, ¿no es una mala acción despojarle de ella? ¿Qué colocaremos en su lugar?

¿Cómo se imagina la felicidad del obrero contemporáneo, ese que no cree ya «en las historias de cura», pero que cree a pies juntillas en las historias de lecturas malas? Mucho dinero, mucho placer, mucha libertad. No más trabajar; viajar; hacer de la vida una serie de fiestas; buenas

comidas, espectáculos y paradas en las tabernas. Pero si los oradores de reuniones públicas le garantizan para un breve plazo este paraíso terrestre, que no vale ni aún lo que el antiguo, no se necesita ser economista o especialista para saber que nunca se cumplirá este plazo.

Y si, por un imposible, él llegara a poseerlo, dejaría de gozar en él pasadas algunas semanas, y desesperando entonces de hallar aquí abajo la felicidad, iría a buscarla a la nada.

El paraíso universal, acabaría por el suicidio universal.



Saludable receta

Cobrar y administrar con buena cuenta, no dar a quien por sí no lo merece; no quitar lo que a otro pertenece, ni permitir que el premio pase en venta.

Pagar las deudas que el descuido aumenta, y modelar el gusto que empobrece; tener en lo que más justo parece providencia prudente y no avarienta.

Socorrer las fronteras sin tardanza, mantener en su honor a la milicia, fomentar del comercio la ordenanza.

Fundar artes fabriles con pericia, alentar la crianza y labranza, y sobre todo administrar justicia.

F. Rodríguez Marín.

Procesos de canonización

En el Vaticano se siguen en la actualidad sesenta procesos de canonización y quinientos de beatificación. Entre estos últimos los correspondientes a los Papas Benedicto XIII, Pío IX y Pío X; cuatro de Cardenales, dos de Patriarcas, cuarenta y dos de Obispos y 258 de sacerdotes.

Veinticinco procesos corresponden a seglares, y tres de aquellos se siguen a la reina Cunegunda, de Polonia; María Clotilde, hermana de Luis XVI de Francia, reina de Cerdeña, y María Cristina de Saboya, reina de las Dos Sicilias.

Entre los candidatos a títulos de bienaventurados o de Santo, hay 151 Franciscanos, 36 Jesuitas, 22 Dominicos, 13 Redentoristas, 12 Carmelitas y 12 Lazaristas.

Poderoso influjo de las enseñanzas papales

El presidente de Irlanda, De Valera, de regreso de Roma, peregrino del Año Jubilar, se detuvo en París para exponer ante los socios del Club Americano su programa y sus opiniones sobre el porvenir del pueblo irlandés. Al hablar del problema de la tierra relató

cómo el gobierno de Dublin piensa parcelar medio millón de acres—alrededor de 200.000 hectáreas—para crear pequeños propietarios, y se declaró muy satisfecho al obrar de este modo—naturalmente sin transgresiones del derecho ajeno—, porque esta política está en estricto acuerdo con la Encíclica del Pontífice.

De otro lugar de Europa nos llegan ecos parecidos. En Austria el canciller y sus colegas se disponen a reformar la Constitución, inspirándose en las normas sociales y de altísima sabiduría política que traza la *Quadragesimo Anno*, el mismo documento pontificio a que se refiere el presidente de Irlanda.

Carta de Roosevelt a los Obispos católicos

El arzobispo de San Francisco de California, presidente que es de la Comisión Episcopal de la «National Catholic Welfare Conference», envió un mensaje al presidente Roosevelt, alabando el espíritu de más de uno de sus actos y resoluciones, y ofreciéndole las oraciones especiales y constantes de los Obispos, clero y fieles, para que Dios inspire la buena administración del Jefe del Estado.

El Presidente se apresuró a contestar al Prelado con una carta autógrafa, en la que agradecía tanta bondad, y añadía:

«Sólo Dios sabe lo reconocido que le estoy por la bondadosa comunicación de caridad de tantas oraciones. Más que nunca, en el momento trágico que el mundo atraviesa, el genio de los hombres no podría nada si no le iluminara la gracia y protección de Dios.

Espero poder ser útil a los ciudadanos de América, pero pongo mi confianza en Dios antes que en mí y en mis colaboradores.

La única Conferencia Internacional en que de antemano tendría yo grandes esperanzas sería aquella en que los gobernantes se reuniesen para pedir oficialmente a Dios luces especiales para la resolución de las ingentes necesidades públicas, cuya falta de resolución, o cuya mala resolución amenaza, no ya en futuro lejano, sino en momento próximo, a la sociedad internacional.»